

# LA SOMBRA DE LA AZUCENA, POEMARIO

por  
**Silvia Guerra**

Poeta uruguaya. Los poemas que presentamos pertenecen al poemario *La sombra de la azucena*.

## CLOTO

Afuera, en el cóncavo espejo que es Ahora  
un fino entretejido se suspende: alguien  
habla de dos, otros de cifras que son inmensas cantidades.  
La ascendencia se pierde en estratos  
que no tienen demasiada importancia.  
Se nombran los caminos los pazos los pequeños jilgueros.  
Se camina sonriendo por la empinada cuesta  
con las botas sucias del barro del camino.  
Se llenan los carrillos los rojos los sonrientes  
de un aire  
que ahí arriba se dice que es purísimo.  
Y se habla de la guerra. Del color de la guerra.  
Y aparecen los muertos, en fila, con el plato vacío  
me preguntan algo que no entiendo, no entiendo que me dicen  
no entiendo que hago ahí, por qué me siguen.  
Y yo no sé que hacer, y ellos tampoco.



## I

Como borde, bordar este tramado  
Todos los días un poco, un poco más gotea  
arma la rama, nido entramas  
sobre el hilado que se extiende  
no sutura. Pero no, viene de fuera.  
De dentro viene enrevesando trama  
hay que entender que inunda  
que golpea las paredes, que resiste.  
Hay que entender que gime que se rompe  
que heroico es hacer del ánima brocado  
que se expanda, y lo demás dejarlo  
Como olvido  
Como distancia, entre lo posible  
y lo inherente.



## II

Inclina oscura testa de alado halo rodeada  
y empieza la tarea, que es ardua  
de vegetal acuático y profundo.

Hila, con la cara de otra  
traspasada. El cordero se mueve, se retuerce  
avanza, sobre un plano verde  
pradera natural entre pestañas.  
Cree. Cordero cree que puede  
estirar el hocico, morro, pasto cree  
O no sabe  
O confía.  
Bailan los osos turbios con caretas enormes  
al gozo de la llama y por la cuerda  
que rítmicamente  
otros, azotan contra el piso.  
Bailan los osos balanceando sombra  
gozo, para que los niños rían.  
Y el cordero, que espera.

Finos dedos de seda  
hilan, la bolsa de mercado.



## V

Volver  
a la condición de perro  
inapresable, de pelaje lamido  
de matadura rosa. Decir Nada  
Resume. Decir la lengua mía  
deshaciendo sustancia pegajosa  
chocolate trufado. Una lengua  
que aquí venga con la condición  
terrosa del olvido en sordo resplandor  
El maleficio. Vidriado ojo  
que atravesado de placer percibe la roja curvatura  
el anzuelo sangrado la enardecida linfa  
y una vez más la cera, líquida inflamable  
espesa que se cuece.



## VI

La vela que gotea sobre el mantel bordado.  
La piel, pétalo sobre la fuente abandonada.  
A un hombre le sangra la nariz rota de un golpe  
en un ring de suburbio,  
con las paredes húmedas  
pintadas de naranja. Una mujer se levanta de una sala  
a la que no habrá de volver dejando atrás  
la infancia y la muñeca. El racimo y el sueño.  
Y no haber nadie  
Nadie que espere en ningún sitio.  
Apenas si se barren los restos de la cena.  
Apenas si se nombra el porvenir.  
Apenas el ala violeta del sombrero.  
El tacto, apenas.



## VII

Nada la sombra.

Nada el inquietante punto transbordado  
moviéndose. Alejada del plato y del ruido  
del hambre, de la noción siquiera  
de carencia.

Creciendo desde un nódulo de atrincherada madera  
verde y populosa temblando desde coyunturas  
corre por un tronco más o menos liso y pide agua  
miel de palma  
rebozo. Página dónde apuntar  
olvido.

La costa varía apenas un poco cada día y transforma  
los dibujos en la arena. Y es tan frágil la línea,  
y tan azules los ahogados.



## VIII

Podría ponerse en contra de la luz, del ventanal  
para un juicio final, para el ocaso.

El ocaso en jirones de rosado cielo recortado  
de dorado perímetro silente  
para un incendio oscuro y agobiado.

Y nada se verá. Ni se sabrá tampoco nada.

Ni hoy ni mañana ni nunca.

Todo permanecerá como hasta entonces,  
como hasta el entonces en que un loco  
director descubra, levantando la tapa de otro seso  
el roto cardenal, el silente ejercicio  
la incesante paradoja de descomposición y olvido.

Y filmará entre aullidos  
escena tras escena

como no fueron nunca en realidad  
en esa recortada realidad de los hechos  
transidos, fragmentarios.

Y estará ardiendo, mientras tanto,  
el siempre ardiente  
oscuro  
corazón inadvertido.



## IX

En un pozo de sombra que surgiera aparece la voz  
como esperada, y modula

un diseño para una posteridad bien avenida.

No era sólo dolor, ni era la pena  
como trapitos grises de deshecho juntados.

Ni era tampoco la alegría

salpicando con su falda festiva  
los amarillos rostros despertados.  
Era sed de esmeraldas el trasluz  
pantomima de giro y no quería.  
La boca, y van retazos  
pedazos en gloriosa marea trasnochada  
de intentos, de posibles esquirlas  
luminosas y oscuras. La piedra  
entre los dientes, la marea  
entornando los ojos que enturbia la pestaña  
para evadir el estampido  
que taladra el hombro, el roto corazón,  
ese afluyente.



### Láquesis

Es un prisma. Es un prisma que gira.  
Es un prisma que fragmenta la luz, la descompone.  
Es un sueño la luz.  
Es un sueño la luz que se repite.  
Es un espacio verde, que se hiciera  
Hay dos amordazados en la luz  
en el preciso verde.  
Gira una vez el prisma y se hizo tarde.  
Gira una vez la luz y hay un zapato suspendido en la esquina  
un montón de arañitas verdes, casi transparentes que caminan  
incendiándose el lomo, sobre una tela casi transparente que no  
deja respirar a los que de una manera casi transparente  
empiezan a quemarse.  
Afuera, alguien salta tratando de mirar por la ventana  
un golpe apenas en el vidrio, una marca de sangre.  
Y es la luz, los irisados tonos de la angustia  
Ese silencio bordado de la tela  
Crujiendo, desde la lluvia verde, casi transparente.



I

Central, bajo la luz  
Mercurio que echa sombra  
Afuera,  
Regado de disculpa, de promesa  
de blancura rasante si existiera.  
Entonces borde, ¿ o era cuerpo?  
Luz, penumbra guarecida  
Luz, sin guarida posible,  
la oscurecida brinda  
la oscurecida mano que no quema  
la temblorosa frente, momentánea.  
Avidez, que como prosa enrosca  
la rosa de la prima, primula parte  
de primoroso encaje como anclaje fugaz  
el pez de plata que evadido esconde  
la raíz,

inflamado nervio que fulgura  
en sombra estremecido. Figura,  
que no resiste  
Cuerpo, por decirlo  
que no abarca  
palma para el alma  
el aura, que acontezca.  
Y queda corazón goteando  
disuadido  
de esa perversidad tan clara  
de Mercurio.



## II

Pulcra manera de terciar la cifra  
para decir no quiero. Para volver  
la cara a la pared. Para quedarse.  
Preferir quedarse con la cara pegada  
con el rostro extendido sobre ese muro blanco  
gris, a veces sucio. Extender verdemente el rostro  
todo allí, dolorosamente allí  
para no salvarse nunca  
ahogando con un trapo los golpes,  
el perseguido corazón.  
Engarzando una cuerda atada a la cintura  
que rodea un borde, un recortado perímetro de mole.  
Es la voz, que la montaña quebrada devuelve detenida  
ajena de la vida anterior, la que tenía.  
Tan corta la distancia  
Tan sofocante el aire entre el rostro y el muro.



## VII

La fronda estrepitosa no cede al manantial  
Bajar, bajar por el pasillo, un pasillo del eco  
Penumbroso. Algo en el agua que delata el sonido  
El foco del que emana el principio de todo  
Delata el debatir del prisionero  
lo amotinado que gira hacia su centro. Buscar un pez  
la guía del enjambre. Quise  
Como árbol  
Estirar el ramaje  
Extender en el aire lo plateado  
Su tintineante ruido, su follaje.  
Una mantis enorme parece sorprenderse rosada  
mientras come una cría,  
deja un momento inerte lo que queda de su tieso cachorro  
Observa, parece atenta a algo  
Parece que pregunta  
Y junta las patas de adelante.  
Pobre.  
Reza.



## X

Empieza por el rostro, que es blanco  
que está descolorido. Continúa por unos labios gruesos  
pintados de naranja, de amarillo violento.  
Y trata de salir, de abrir esa ventana, de fugarse.  
Pero la distancia acorrala entre el vidrio y el cuerpo  
entre el tirado y el posible  
vestido de payaso, de payasa.  
Que se saca el sombrero, que sonrío  
que se cubre la mueca, el sucio velo.  
Y estira la muñeca, la intangible  
debajo de la pierna develándose  
Zorro mineral se vuelve agazapando,  
calcula muslo, peso, elástico del músculo.  
Es la luz la que evade, la que fuga en la tarde  
la que envuelve  
Es la luz la que apremia y la que pide  
Es fuga la que gime,  
que no vuelve.



## XII

La cabeza en vahído  
Estirada sobre dos adoquines y pendiente  
De un hilo de araña desde el techo  
- jineteado de hormigas puntos negros estrellas -  
pequeñísimos simios desde la luz que saltan  
deslizándose al sueño morbidez de ese canto.  
Asume el lirio la perfección, recorta  
urdidas tramas de angélicas criaturas  
barbadas, ágiles, agrestes, apenas amarillas  
entre sus largos miembros. El jarro permanece  
Implacable en su forma, tozuda quemazón  
Que no se arriesga.  
Entre escaleras máquinas inconscientes aprendices  
de brujos helicópteros, nada la seda  
rápida del viento entre los sauces.



## XIII

Como disfraz  
abeto multitudinario que no quiso  
saltar el flanco de la senda, involucionar  
al gas perverso y rebatir  
del bolo alimenticio a la intemperie.  
Apoyados los brazos, los huesudos hombros  
colgando de unos alambrecitos desparejos  
desde el balcón se apronta para ver desde allí

la fiesta popular. Los fuegos de artificio  
El pororó, las coloridas aguas.  
En el mortero los poluidos sueños de la espera  
la licuada esperanza, los niños creciendo sin  
mirada benévola o atenta. La pierna del cordero  
macerándose, la macerada pelvis fibrosa entre los dientes.  
El fervor respirando detrás de un cuerpo que persiste.  
El fervor alejando  
El fervor  
Ese alto cerco inútil que separa.



## XVI

Tampoco la inocencia redimía  
Ni el ingenio apuntando  
la religión, la marca.  
Las zapatillas como única manera  
de tatuarse, de salir del ganado.  
Aro de plata, metal liviano para confundir  
las apariencias. Entonces no era nada el ventanal  
la decrepita madera endurecida y pintada una vez  
sobre otra. Apuntando el disturbio en la pared manchada,  
vieja. Con la punta del pie trazando el pedregullo la mosca  
verde el abejorro, los turbios ojos. El agobio  
El calor la interferencia la mancha en la pared.  
Ese gemir que ahueca la conciencia hasta hacerla parecer un hilo  
chapoteando imprecisa. Congestiona un pequeño barullo en la ventana  
habla de algo, vislumbra pensamientos. Debe querer la cifra  
y no se acuerda. Debe querer el nombre.  
Pero no hay nombre, madre  
Es el Olvido.



## XIX

Un corredor sombrío. Un árbol  
de apariencia superpuesta.  
Pero no es cierto, madre  
Ni árbol, ni madera, ni lengua.  
Olvida el manantial, que hable de fuentes  
Olvida la apariencia de la luces  
y gime. Gime de esta manera  
abanicándote  
Que la lengua me olvida, y soy borrada.



## XX

Una vez arrancada pediría  
dos piedras, arboleda, amable trino  
Como la pana verde y dulce del manzano

Como el recuerdo de las cabras cayendo  
hacia el abismo del desembarcadero.  
Y la balsa que mecida abanicaba aquella madre muerta  
aquellos ojos quietos y pintados  
aquella boca, muda para siempre.  
Si quisiera gritar ¿para qué muerte?



### **Atropo**

Ni mía.  
Ni de nadie. Nada.  
Yescas, hojillas. Viento de hoja seca.  
En la mañana azul, la blanca brisa y el perverso anhelo  
El ir queriendo, la cabeza la cara con eczemas, al viento.  
Baja por esa correntada nítida y precisa  
en el perfil, en el miedo atroz de la figura.  
El agua en la mirada que se enfrenta y es un rostro sin alma  
que se escapa para llenar ese otro rostro de silencio  
para llenarlo con el hilo libado de los sueños, en la niebla.  
La sombra sin atrás, sin cuerpo que refleje, la pura sombra.  
La sombra pura que maltrecha de sí logra extenderse, asirse  
sobre un suelo, cubrir la heroica superficie agreste  
Beber hacia el desierto como un canto como un sonido largo,  
una oquedad nimbándose desde el cobre central, dulcísimo  
metal, que envuelva.  
Y afuera entre las casas, dispersamente lejos  
conjuntos de hábitos, manteles, pequeños telares enardecidos  
de gardenias. Y afuera lejos, la tarde que se curva  
las primeras estrellas. ¿ Para siempre?



### **LA COPA DE ALABASTRO**

"lo único que quiero es mi ojo"  
(Un esclavo al emperador Adriano)

I

Una fisura se tiñe con la niebla que inicia en la llanura.  
Verde del jade oblicuo que da la transparencia que es  
negada :  
hojas de espeso tinte, aroma que desciende  
fragor de ese principio como vacuo, condensa  
desde el tinte al aroma,  
durazno que recubre.  
Sonrosa la línea y va sonriendo, pide de su dulzor  
al cardenal azul, cardenalicio moretón de cielo  
Rosa en la ventana del espanto el azul tinte  
de morada medusa, no mora donde acusa y va de luto.  
Golpeando la cabeza contra el vidrio el roto cardenal  
abre de rosas la cumbre del brazo, la curva que la dicha no



quisiera.

Es tarde, deben abandonarlo todo con sangre entre los  
dientes, con el espeso aroma de las hojas humeantes  
de la niebla. Batirse en retirada a duelo,  
sobre las alas de ese inmenso albatros disecado  
colgando desde el techo del sepulcro.  
Dorada bóveda de grillos, blandir en el trasluz del fuego  
la mano hecha de enaguas, soñar de crisantemos  
Al levantar el manto que es la niebla, está la espejada de  
luz  
con manantial, el fruto de la aurora

Tajo en la frente mórbida, sombría, eje de evanescencia  
Distraído.

## II

Ascuas, astillas de alabastro en el cristal de roca  
¿La mano que al dosel estaba presa?  
¿La savia que dormida perecía, sin poderlo evitar  
brujos y machis?  
Qué extensión tendrá ese territorio circunvalado tantas  
veces  
feroz por cuanto es impredecible  
Hasta cuándo se extenderá, líquida la angustia  
de esa gota final. De esa espesura  
La muchedumbre pasa grita, y este silencio resplandece  
puro como el primer día, sobre filosa superficie  
Como vapor que sueña dibujos que lo surquen.

## III

Columnas de un agua condensada que después se hará roca.  
Dulce colmena que trae hasta el enjambre la zozobra.  
Una machacada constancia es la que vuelve la cabeza, gira  
una rueda, y un dios sin doble recobra la inocencia.  
Cuentas de reloj de Italia, licor con el color de las almendras.  
Va a venir mamá con uvas amarillas, van a traer confites  
van a darte esa leche de las cabras que acuna.  
En esta orilla se abanica el vaivén.  
En esta orilla llueve.  
Ni besos ni dulces ni confites.  
Esas palabras susurros al envenenado oído  
Esas constelaciones que recorre el azul del rayo que fue  
ayer  
que no hubo tiempo  
Camino del que no vuelve arriero trayendo la prenda de la  
vida  
Va a saltar cuando nadie lo espere.  
Se va a esconder en esa lengua oscura, obscena  
de la muerte.

## IV

Sobre el perfil del cielo recorría una vasta pradera que  
pintaba de azul otro color sobre un horizonte de planicie

verbal.

Volví con la radio en el bolsillo  
silbando una tonada que no  
estaba a la moda.

Volví desde el ignoto borde del silencio como arrastrando  
peces de un mar en madrugada.

Y estaba todo ahí, sobre la mesa sucia  
los peces, el olvido, el alcohol, las mal pintadas uñas.  
El Olvido.